

# El Bautismo: Una Sepultura



*Charles H. Spurgeon*

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

## El Bautismo: Una Sepultura

Nº 1627

Sermón predicado el Domingo 30 de Octubre de 1881 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

*“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.” — Romanos 6: 3, 4.*

No me voy a involucrar en controversias surgidas de este texto, pues en relación a él algunas personas han debatido sobre el bautismo infantil o el bautismo de los creyentes, inmersión o aspersión. Si hay algunos que puedan ofrecer una interpretación de este texto que sea constructiva y consistente, desde una perspectiva diferente de la que entiende que la inmersión de los creyentes constituye el bautismo cristiano, me gustaría ver cómo lo hacen. Yo soy absolutamente incapaz de realizar tal hazaña, y ni siquiera me puedo imaginar cómo lograrlo. Me basta con aceptar el punto de vista que el bautismo simboliza la sepultura de los creyentes en el agua en el nombre del Señor, y desde esa perspectiva voy a interpretar el texto.

Si otros tienen otra perspectiva, al menos puede interesarles saber lo que nosotros entendemos que es el significado del rito del bautismo, y espero que no dejen de reflexionar sobre el sentido espiritual simplemente porque difieren de nosotros en cuanto al signo externo. Después de todo, el emblema visible no es la materia más destacada del texto. Que el Espíritu Santo nos ayude a discernir la enseñanza esencial.

No creo que Pablo diga que si personas indignas tales como los incrédulos y los hipócritas y los engañadores, son bautizados, en la muerte de nuestro Señor son bautizados. Pablo dice: “todos los que hemos sido,”



contándose él mismo con el resto de los hijos de Dios. Él se refiere a los que están calificados para el bautismo, y se acercan a él con sus corazones cambiados. Pablo dice de ellos: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” Pablo ni siquiera pretende decir que quienes han sido bautizados adecuadamente, han percibido la totalidad de su significado espiritual; pues si así fuera, no hubiera sido necesaria la pregunta: “¿O no sabéis?” Parecería que algunos habrían sido bautizados sin entender claramente el significado de su propio bautismo. Tenían fe, y un poco del suficiente conocimiento para calificarlos para el bautismo, pero no habían sido instruidos adecuadamente en la enseñanza del bautismo; tal vez ellos sólo veían en el bautismo el aspecto del lavamiento, pero no habían discernido todavía el aspecto de la sepultura.

Voy a ir más allá, y decir que me pregunto si alguien de nosotros ya conoce la totalidad del significado de cualquiera de las ordenanzas que Cristo ha instituido. En relación a las cosas espirituales todavía somos como niños que juegan en la playa mientras el océano se despliega ante nosotros. En el mejor de los casos nos adentramos hasta los tobillos como nuestros niños lo hacen en las playas. Muy pocos de nosotros estamos aprendiendo a nadar; pero únicamente lo hacemos donde podemos tocar el fondo sin problemas. ¿Quién de nosotros se ha alejado hasta perder de vista la playa, nadando en el Atlántico del amor divino, donde una verdad insondable se extiende abajo, y el infinito lo rodea todo?

Oh, que Dios nos enseñe cada día más acerca de lo que ya conocemos en parte, y que la verdad que hasta ahora hemos percibido vagamente venga a nosotros de una manera más clara y más brillante, hasta que veamos todo a la limpia luz del sol. Esto sólo se puede dar conforme nuestro carácter se vuelva más claro y puro; pues vemos según lo que somos; y como es el ojo así es lo que ve. Sólo el puro de corazón puede ver a un Dios puro y santo. Seremos semejantes a Jesús cuando lo veamos como es, y ciertamente nunca lo veremos como es, hasta que no seamos semejantes a Él. En relación a las cosas celestiales vemos en la medida de lo que tenemos dentro de nosotros. Quien ha comido espiritualmente la carne y la sangre de Cristo es quien puede ver esto en la sagrada Cena, y quien ha sido bautizado en Cristo ve a Cristo en el bautismo. Al que tiene se le dará, y tendrá en abundancia.

El bautismo declara la muerte, la sepultura, y la resurrección de Cristo, y nuestra participación con Él. Hay dos aspectos en su enseñanza. Primero, piensen en nuestra unión representativa con Cristo, de tal forma que cuando murió y fue sepultado fue a nombre nuestro, y así fuimos sepultados con Él. Esto les dará la enseñanza del bautismo en la medida que declara un credo. Declaramos por medio del bautismo que creemos en la muerte de Jesús, y deseamos participar de todo su mérito.

Pero hay otro asunto igualmente importante, y es nuestra unión realizada con Cristo, que es declarada por medio del bautismo, no tanto como una doctrina de nuestro credo sino más bien como materia de nuestra experiencia. Hay una manera de morir, de ser sepultado, de resucitar, y de vivir en Cristo que debe mostrarse en cada uno de nosotros si en verdad somos miembros del cuerpo de Cristo.

I. Entonces, en primer lugar quiero que piensen en NUESTRA UNIÓN REPRESENTATIVA CON CRISTO que es presentada en el bautismo como una verdad que debemos creer. Nuestro Señor Jesús es el Sustituto de su pueblo, y cuando murió lo hizo a nombre de Su pueblo y en lugar suyo. La grandiosa doctrina de nuestra justificación tiene su sustento en esto, que Cristo llevó nuestros pecados, tomó el lugar que nos correspondía, y como nuestra garantía sufrió, y sangró, y murió, presentando de esta manera a nombre nuestro un sacrificio por el pecado. Debemos verlo, no como una persona privada, sino como nuestro representante. En el bautismo somos sepultados con Él en la muerte para mostrar que Su muerte y Su sepultura son por nosotros.

El bautismo como una sepultura con Cristo significa en primer lugar, aceptar que la muerte y la sepultura de Cristo son por nosotros. Hagamos eso en este mismo momento de todo corazón. ¿Qué otra esperanza tenemos? Cuando nuestro divino Señor descendió de las alturas de la gloria y se hizo hombre, se hizo uno contigo y conmigo; y siendo encontrado a semejanza del hombre, complació al Padre poner el pecado sobre Él, tus pecados y los míos. ¿No aceptas esa verdad, estando de acuerdo que el Señor Jesús debe ser quien lleve tu culpa, y debe ser quien te represente ante Dios? Cada uno de ustedes diga: “¡Amén! ¡Amén!”

Él fue colocado en el madero cargado con toda esta culpa, y allí Él sufrió en lugar nuestro lo que nosotros debimos haber sufrido. Complació al Padre, en vez de castigarnos a nosotros, castigarlo a Él. Lo llenó de aflicción, convirtiendo a su alma en una ofrenda por el pecado. ¿No aceptamos gustosamente a Jesús como nuestro sustituto? Queridos hermanos, ya sea que hayan sido bautizados en agua o no, yo les hago esta pregunta: “¿Aceptan al Señor Jesús como su garantía y sustituto?” Pues si no lo aceptan, ustedes cargarán con su propia culpa y llevarán su propia pena, y estarán en el lugar que les corresponde, bajo la mirada de la airada justicia de Dios. Muchos de nosotros decimos desde lo profundo de nuestro corazón en este instante:

    Mi alma mira atrás para ver  
    Todas las cargas que Tú llevaste,  
    Cuando pendías del maldito madero,  
    Con la esperanza que su culpa estuvo allí.

Entonces, al ser sepultados con Cristo en el bautismo, ponemos nuestro sello al hecho que la muerte de Cristo fue a favor nuestro, y que nosotros estábamos en Él, y morimos en Él, y en señal de nuestra fe, damos nuestro consentimiento a la tumba líquida, y nos entregamos para ser sepultados de conformidad a Su mandato. Este es un asunto de fe fundamental: Cristo muerto y sepultado por nosotros; en otras palabras, sustitución, garantía, sacrificio vicario. Su muerte es la base de nuestra confianza; no somos bautizados en Su ejemplo, o en Su vida, sino en Su muerte. Aquí confesamos que toda nuestra salvación descansa en la muerte de Jesús, y aceptamos que esa muerte tuvo lugar en sustitución nuestra.

Pero esto no es todo; porque si debo ser sepultado, no es porque yo acepto la muerte sustitutiva de alguien más a favor mío, sino porque yo mismo estoy muerto. El bautismo es un reconocimiento de nuestra propia muerte en Cristo. ¿Por qué debe ser enterrado un hombre que está vivo? Es más ¿por qué debe ser enterrado porque otro haya muerto por él? Mi sepultura con Cristo quiere decir no sólo que Él murió por mí, sino que morí en Él, así que mi muerte con Él necesita una sepultura con Él. Jesús murió por nosotros porque Él es uno con nosotros. El Señor Jesucristo no llevó los pecados de Su pueblo debido a una elección arbitraria de Dios;

pero era lo más natural y adecuado y propio que llevara los pecados de Su pueblo, pues ellos son Su pueblo, y Él es la cabeza de todos ellos.

Le incumbía a Cristo sufrir por esta razón: que Él era el representante de su pueblo en el pacto. Él es la Cabeza del cuerpo, la Iglesia; y si los miembros pecaron, era necesario que la Cabeza, aunque no hubiera pecado, sufriera la consecuencia de los actos del cuerpo. Así como hay una relación natural entre Adán y los que están en Adán, así hay una relación entre el segundo Adán y quienes están en Él. Yo acepto que lo que hizo el primer Adán es también mi pecado. Algunos de ustedes pueden tener problemas con eso, y con toda la dispensación del pacto; pero puesto que Dios así lo quiso, y yo siento su efecto, no veo ningún caso en oponerme. Así como acepto el pecado del padre Adán, y siento que he pecado en él, así también acepto con intenso gozo la muerte y el sacrificio de expiación de mi segundo Adán, y me da júbilo que en Él he muerto y he resucitado. Viví, morí, guardé la ley, y la justicia quedó satisfecha en mi Cabeza del pacto. Permítanme ser sepultado en el bautismo para poder mostrar a quienes me rodean que creo haber sido uno con mi Señor en Su muerte y en Su sepultura por el pecado.

Mira esto, oh hijo de Dios, y no tengas ningún miedo. Estas son grandiosas verdades, pero son ciertas y consoladoras. Te estás adentrando ahora en medio de las grandes olas del océano Atlántico, pero no tengas miedo. Date cuenta del efecto santificante de esta verdad. Suponte que un hombre hubiera sido condenado a muerte a causa de un gran crimen; supón también, que ya ha muerto por ese crimen, y ahora, por una maravillosa obra de Dios, después de haber muerto ha recibido una nueva vida. Regresa nuevamente de los muertos para convivir en medio de los hombres, y ¿cuál debería ser el estado de su mente en relación a su ofensa? ¿Cometería ese crimen otra vez? ¿Un crimen por el que ha muerto? Digo enfáticamente: Dios no lo quiera. Más bien diría: “He probado la amargura de este pecado, y he sido milagrosamente levantado de la muerte que trajo sobre mi, y he recibido una nueva vida: ahora voy a odiar la cosa que me dio muerte, y la voy a aborrecer con toda mi alma.”

Quien ha recibido la paga del pecado debería aprender a evitarlo en el futuro. Pero tú respondes: “Nunca morimos así; nunca tuvimos que sufrir la

debida recompensa por nuestros pecados.” Concedido. Pero eso que Cristo hizo por ti equivale a lo mismo, y el Señor lo mira de la misma manera. Estás tan unido a Jesús, que debes considerar Su muerte como tu muerte, Sus sufrimientos como el castigo de tu paz. Tú has muerto en la muerte de Jesús, y ahora por una gracia extraña y misteriosa eres levantado de nuevo del foso de corrupción a una nueva vida. ¿Acaso puedes, acaso quieres regresar al pecado? Has visto lo que Dios piensa del pecado: percibes que Él lo aborrece completamente; pues cuando fue colocado sobre Su querido Hijo, no lo perdonó, sino que lo afligió y lo hirió de muerte. ¿Puedes tú, después de todo esto, regresar a la cosa maldita que Dios aborrece? Ciertamente, el efecto de la gran aflicción del Salvador debe ser santificante sobre tu espíritu. ¿Cómo es posible que nosotros que estamos muertos al pecado podamos vivir más en él? ¿Cómo es posible que nosotros que hemos pasado bajo su maldición, y hemos soportado su terrible castigo, toleremos de nuevo su poder? ¿Acaso queremos regresar a este mal villano, asesino, virulento y abominable? No puede ser. Dios no lo quiera.

Esta doctrina no concluye todo el asunto. El texto nos describe como sepultados para resucitar. “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo,” ¿para qué? “a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.” ¡Ser sepultados juntamente con Cristo! ¿Para qué? ¿Para morir para siempre? No, sino para que por medio de llegar donde Cristo está, ustedes puedan ir donde Cristo va. Mírenlo entonces: primero va al sepulcro, pero después sale del sepulcro; pues cuando vino la mañana del tercer día Él se levantó. Si ustedes son uno con Cristo, deben ser uno con Él en todo; deben ser uno con Él en Su muerte, y uno con Él en Su sepultura. Entonces serán uno con Él en Su resurrección.

¿Soy un hombre muerto ahora? No, bendito sea Su nombre, está escrito: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis.” Ciertamente, yo estoy muerto en un sentido: “Porque habéis muerto”; pero sin embargo no estoy muerto en otro sentido: “Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”; ¿y quién puede estar absolutamente muerto si tiene una vida escondida? No; puesto que soy uno con Cristo yo soy lo que Cristo es: como Él es un Cristo vivo, yo soy un espíritu vivo. Cuán glorioso es haber sido levantado de los muertos porque Cristo nos ha dado la vida. Nuestra vieja vida legal nos ha sido

quitada por la sentencia de la ley, y la ley nos considera muertos; pero ahora hemos recibido una nueva vida, una vida después de la muerte, vida de resurrección en Cristo Jesús. La vida del cristiano es la vida de Cristo. La nuestra no es la vida de la primera creación, sino de la nueva creación después de haber muerto. Ahora vivimos una nueva vida, vivos para ser santos, y justos y tener gozo en el Espíritu de Dios. La vida de la carne es un estorbo para nosotros; nuestra energía está en Su Espíritu. En el sentido más elevado y mejor, nuestra vida es espiritual y celestial. Esta es también una doctrina que debemos sostener firmemente.

Quiero que vean la fuerza de esto; pues quiero alcanzar resultados prácticos esta mañana. Si Dios nos ha dado enteramente a ustedes y a mí una nueva vida en Cristo, ¿cómo puede gastarse esa nueva vida a la manera de la vieja vida? ¿Vivirá el hombre espiritual como vive el carnal? ¿Cómo es posible que ustedes que fueron los siervos del pecado, pero que han recibido la libertad por medio de la sangre preciosa, regresen a su vieja esclavitud? Cuando estaban en la vida del viejo Adán, vivían en el pecado y lo amaban; pero han estado muertos y sepultados, y han salido para nueva vida; ¿acaso puede suceder que regresen a los elementos miserables de los cuales el Señor los ha rescatado? Si viven en pecado, entonces su profesión es falsa, pues ustedes profesan estar vivos para Dios. Si caminan en la lascivia, estarán pisoteando las benditas doctrinas de la Palabra de Dios, pues estas conducen a la santidad y a la pureza. Hacen que el cristianismo se convierta en objeto de burla y proverbio, si, después de todo, ustedes que han sido revividos de su muerte espiritual, exhiben una conducta que no es mejor que la vida de los hombres ordinarios, y apenas un poco mejor de lo que antes era su vida.

Todos lo que se han bautizado han declarado al mundo: Hemos muerto al mundo y hemos venido a una nueva vida. Nuestros deseos carnales a partir de este momento deben considerarse como muertos pues ahora vivimos de conformidad a un orden nuevo de cosas. El Espíritu Santo ha formado en nosotros una nueva naturaleza, y aunque estamos en el mundo, no pertenecemos a él, pues somos hombres renovados: “creados en Cristo Jesús.” Esta es la doctrina que nosotros declaramos a toda la humanidad, que Cristo murió y se levantó de nuevo, y que su pueblo murió y se levantó de nuevo en Él. De esta doctrina surge la muerte al pecado y la vida para



Dios, y en cada acción y en todo momento deseamos que nuestras vidas sean una enseñanza para todos los que nos ven.

Hasta aquí en cuanto a la doctrina: ¿acaso no es preciosa? Oh, si ustedes fueran ciertamente uno con Cristo, ¿los podría encontrar el mundo contaminándose a ustedes mismos? ¿Podrán ser los miembros de una generosa Cabeza llena de gracia, ambiciosos e insaciables? ¿Podrán ser los miembros de una gloriosa, pura y perfecta Cabeza, contaminados de la lujuria de la carne y de las necesidades de una vida vana? Si los creyentes están verdaderamente tan identificados con Cristo que ellos son su totalidad, ¿no deberían ellos ser la santidad misma? Si vivimos en virtud de nuestra unión con Su cuerpo, ¿cómo podemos vivir como los demás gentiles? ¿Cómo es que tantas personas que profesan la fe exhiben una vida completamente mundana, trabajando para los negocios y para los placeres, pero no para Dios, en Dios, o con Dios? Rocían un poco de religión sobre una vida mundana, y así esperan hacerla cristiana. Pero eso no puede funcionar. Estoy obligado a vivir como Cristo hubiera vivido bajo mis circunstancias; en mi recámara privada o en mi púlpito público estoy obligado a ser lo que Cristo hubiera sido en un caso semejante. Estoy obligado a demostrar a los hombres que la unión con Cristo no es una ficción, o un sentimiento fanático; sino más bien que estamos influenciados por los mismos principios y guiados por los mismos motivos.

El bautismo es así un credo que tiene forma y pueden leer esto en estas palabras: “sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.”

II. En segundo lugar, UNA UNIÓN REALIZADA CON CRISTO es también declarada en el bautismo, y esto es más bien un asunto de experiencia más que de doctrina.

1. Primero, hay muerte, como un asunto de experiencia real en el verdadero creyente. “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” Es contrario a toda ley sepultar a quienes todavía están vivos. Hasta que no mueran, los hombres no pueden tener ningún derecho a ser sepultados. Muy bien, entonces, el cristiano está muerto: muerto, en primer lugar, al dominio del

pecado. Antes, siempre que el pecado lo llamaba él respondía: “Heme aquí, pues me has llamado.” El pecado gobernaba sus miembros, y si el pecado decía: “haz esto,” él lo hacía, como los soldados obedientes a su centurión; pues el pecado gobernaba sobre todas las partes de su naturaleza, y ejercía una suprema tiranía sobre él.

La gracia ha cambiado todo eso. Cuando somos convertidos morimos al dominio del pecado. Si el pecado nos llama ahora, rehusamos responder a ese llamado, pues estamos muertos. Si el pecado nos da órdenes no le obedecemos, pues hemos muerto a su autoridad. El pecado viene a nosotros ahora (oh, que no viniera del todo) y encuentra en nosotros la vieja corrupción que está crucificada, pero que todavía no ha muerto; pero no tiene dominio sobre nuestra verdadera vida. Bendito sea Dios, el pecado no puede reinar sobre nosotros, aunque puede asaltarnos y hacernos daño. “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” Pecamos, pero presentando batalla. ¡Con cuánta aflicción miramos nuestras trasgresiones pasadas! ¡Con cuánta sinceridad tratamos de evitarlas! El pecado intenta mantener sobre nosotros el poder que ha usurpado; pero nosotros no lo reconocemos como nuestro soberano. El mal entra en nosotros ahora como un intruso y como un extraño, y genera una triste desolación, pero no se queda sentado en el trono; es un forastero, y ahora es despreciado, y ya no recibe ningún honor ni produce deleite. Estamos muertos al poder soberano del pecado.

El creyente está muerto al deseo de tal poder, si ha sido sepultado espiritualmente con Cristo. “¡Cómo!” dices tú, “¿acaso los hombres piadosos no tienen deseos pecaminosos?” Ay, sí los tienen. La vieja naturaleza que hay en ellos suspira por el pecado; pero el hombre verdadero, el ego real, desea ser purgado de toda mancha o rastro de mal. La ley que rige los miembros finge la necesidad de pecar, pero la vida del corazón obliga a la santidad. Puedo decir con honestidad en lo que a mí respecta, que el más profundo deseo de mi alma es vivir una vida perfecta. Si pudiera alcanzar mi mayor deseo, nunca volvería a pecar; y aunque, ay, es cierto que consiento al pecado de tal forma que soy responsable cuando transgredí, sin embargo mi yo más interno aborrece la iniquidad. El pecado es mi servidumbre, no mi placer; mi miseria, no mi gozo; Ante el simple pensamiento de pecado yo exclamo: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará

de este cuerpo de muerte?” En lo más profundo de nuestros corazones nuestro espíritu se aferra firmemente a lo que es bueno, y verdadero y celestial, de tal forma que el hombre real se goza en la ley de Dios, y busca con firmeza la bondad. La corriente principal y la verdadera inclinación del deseo y de la voluntad de nuestras almas no es hacia el pecado, y el apóstol no nos enseñó meras ilusiones cuando dijo: “Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.”

Más aún, a continuación estamos muertos en términos de los objetivos y de las metas de la vida de pecado y de la vida de impiedad. Queridos hermanos, hay algunos de ustedes que profesan ser siervos de Dios que están viviendo para ustedes mismos? Entonces ustedes no son siervos de Dios; pues el que realmente ha nacido de nuevo vive para Dios: el objetivo de su vida es la gloria de Dios y el bien de sus prójimos. Este es el premio que es colocado ante el hombre nacido de nuevo, y hacia él se lanza.

“Yo no corro en esa dirección,” dice uno. Muy bien, entonces no vas a llegar al fin deseado. Vas corriendo tras los placeres del mundo o sus riquezas y puedes ganar el premio que buscas, pero no puedes ganar “el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” Espero que muchos de nosotros podamos decir con honestidad que estamos muertos a cualquier otro objeto en la vida excepto la gloria de Dios en Cristo Jesús. Estamos en el mundo y tenemos que vivir como lo hacen otros hombres desarrollando nuestras actividades ordinarias; pero todo esto es subordinado y controlado como con freno y brida; nuestras metas están más allá de esa luna cambiante. El vuelo de nuestra alma como el del águila es por encima de estas nubes: aunque ese pájaro del sol se posa sobre la roca, y aún desciende a la llanura, su gozo es habitar arriba, ganándole las alturas a los rayos, subiendo por encima de la negra tempestad, y mirando hacia abajo a todas las cosas terrenales. A partir de ese momento nuestra vida dada por gracia se desplaza hacia arriba y adelante; no somos del mundo y los compromisos del mundo no son aquellos en los que gastamos nuestros poderes más nobles.

Nuevamente, estamos muertos en este sentido, que estamos muertos a la gobierno del pecado. Los deseos de la carne llevan a un hombre hacia acá o hacia allá. Conduce su curso respondiendo a la pregunta: “¿Qué es lo más

placentero? ¿Qué es lo que me gratificará más en este momento?” El camino de los impíos está trazado por la mano del deseo egoísta: pero ustedes que son verdaderos cristianos tienen otra guía, ustedes son llevados por el Espíritu por el camino correcto. Ustedes se preguntan: “¿Qué es bueno y qué es aceptable a los ojos del Altísimo?” Su oración diaria es: “Señor, dame a conocer lo que quieres que haga.” Ustedes están atentos a las enseñanzas del Espíritu, que los guiará a toda la verdad; pero ustedes están sordos, sí, muertos a los dogmas de la sabiduría de la carne, las objeciones de la filosofía, los errores de la orgullosa sabiduría humana. Guías ciegos que caen con sus víctimas al hoyo son evitados por ustedes, pues han escogido el camino del Señor. ¡Qué bendita condición del corazón es esta! ¡Espero, queridos hermanos, que hemos alcanzado esa condición! Conocemos la voz del Pastor, y no vamos a seguir a ningún extraño. Uno es nuestro Maestro, y sometemos nuestros entendimientos a su enseñanza infalible.

Nuestro texto debe haber tenido un significado poderoso entre los romanos del tiempo de Pablo, pues ellos estaban hundidos en todo tipo de odiosos vicios. Tomen a un romano promedio de ese período, y encontrarán en él a un hombre acostumbrado a pasar una buena parte de su tiempo en el anfiteatro, endurecido por las escenas brutales de los espectáculos sangrientos, en los que los gladiadores se mataban entre sí para divertir a las muchedumbres que se divertían. Educado en tal escuela, el romano era refinadamente cruel, y al mismo tiempo feroz al entregarse a sus pasiones. Un hombre depravado no era considerado una degradación; no solamente los nobles y los emperadores eran monstruos del vicio, sino que también los maestros públicos eran impuros. Cuando quienes eran considerados como personas honestas eran corruptos, pueden imaginarse el grado de inmoralidad. “Pásenla bien; busquen los placeres de la carne,” era la regla de esa época.

El cristianismo conllevó la introducción de un nuevo elemento. ¡Vean allí a un convertido romano por la gracia de Dios! ¡Qué cambio vemos en él! Sus vecinos dicen: “No te vimos en el anfiteatro esta mañana. ¿Cómo pudiste perderte el espectáculo de los cien germanos que se desgarraron las entrañas?” “No,” responde, “no fui; no podría soportar estar allí. Estoy completamente muerto para eso. Aún si me forzaras a estar allí, tendría que

cerrar mis ojos, pues no podría contemplar el asesinato cometido para divertir a los demás!” El cristiano no asistía a los lugares de libertinaje; ellos estaban muertos a toda esa inmundicia. Las modas y las costumbres de esa época eran de tal naturaleza que los cristianos no podían estar de acuerdo con ellas, así que se murieron a la sociedad. Los cristianos no solamente se limitaban a no pecar en público, sino que hablaban de él con horror, y sus vidas lo reprobaban. Las cosas que la multitud consideraba agradables y a las que se refería con mucha motivación, no daban ningún consuelo al seguidor de Jesús, pues estaba muerto a esos males. Esta es nuestra solemne profesión cuando pasamos al frente para ser bautizados. Decimos con hechos que son más explícitos que las palabras que estamos muertos a todas esas cosas que son el deleite de los pecadores, y que queremos darlo a conocer.

2. El siguiente pensamiento en el bautismo es la sepultura. La muerte llega primero y luego sigue la sepultura. Ahora, hermanos, ¿qué es la sepultura? La sepultura es, antes que nada, el sello de la muerte; es el certificado de defunción “¿Fulano de Tal, ya murió?” pregunta alguien. Otro responde: “querido amigo, fue sepultado hace un año.” Ya no preguntas más acerca de un muerto cuando sabes que ha sido sepultado. Ha habido muchos casos de personas que han enterradas vivas, y me temo que esto también ocurre con triste frecuencia en el bautismo, pero esa no es la norma ni es lo natural. Me temo que muchos han sido enterrados vivos en el bautismo, y por lo tanto se han levantado y han salido del sepulcro tal como eran antes. Pero si la sepultura es verdadera, es un certificado de muerte. Si puedo decir en verdad: “Fui sepultado con Cristo hace treinta años,” seguramente que estoy muerto.

Ciertamente el mundo pensaba así, pues no mucho tiempo después de haber sido sepultado con Jesús comencé a predicar Su nombre, y para entonces el mundo me consideraba enajenado, y decían: “Apesta.” Comenzaron a hablar mal del predicador en todos sentidos; pero mientras más apestaba en sus narices yo me sentía mejor, pues de esa manera estaba completamente seguro que yo estaba realmente muerto para el mundo. Es bueno que el cristiano resulte ofensivo para el hombre impío. Miren cómo nuestro Señor apestaba en la estima de los impíos cuando exclamaban: “¡Fuera, fuera, crucifícale!” Aunque ninguna corrupción podía ni siquiera



acercarse a su cuerpo bendito, sin embargo Su carácter perfecto no fue saboreado por esa perversa generación. Por tanto, debe haber en nosotros muerte al mundo, conjuntamente con algunos de los efectos de la muerte, o de lo contrario nuestro bautismo es nulo. Así como la sepultura es el certificado de muerte, así la sepultura con Cristo es el sello de nuestra mortificación al mundo.

Seguidamente, la sepultura es la manifestación de la muerte. Cuando el hombre está dentro de una habitación, los que pasan no saben que está muerto; pero cuando se llevan a cabo los funerales, y lo llevan a través de las calles, todo el mundo sabe que está muerto. Eso es lo que el bautismo debe ser. La muerte del creyente al pecado es al principio un secreto, pero por medio de una confesión abierta, él invita a todos los hombres para que sepan que está muerto con Cristo. El bautismo es el rito funeral por medio del cual la muerte al pecado es declarada abiertamente ante todos los hombres.

A continuación, la sepultura es la separación de la muerte. El muerto ya no se queda en la casa, sino que es colocado aparte como alguien que deja de ser contado entre los vivos. Un cadáver no es una compañía bienvenida. Aún el objeto más amado después de un poco ya no puede ser tolerado cuando la muerte ha hecho su trabajo en él. Aún Abraham, que había estado por tanto tiempo unido a Sara, dice: “sepultaré mi muerta de delante de mí.” Así es el creyente cuando su muerte al mundo es plenamente conocida: es una pobre compañía para los mundanos, y ellos lo evitan como un aguafiestas de sus orgías. El verdadero santo es puesto en una categoría separada con Cristo, de conformidad a Su palabra: “Si a mi me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.” El santo es depositado en la misma tumba que su Señor; pues como Él estuvo, así estamos nosotros en este mundo. Está encerrado por el mundo en el único cementerio de los fieles, si puedo llamarlo así, donde todos los que están en Cristo están completamente muertos al mundo, con un epitafio para todos ellos: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.”

Y la tumba es el lugar (no encuentro la palabra apropiada) de la fijeza de la muerte; pues cuando un hombre muere y es enterrado no esperas verlo regresar a casa nunca: en lo que respecta a este mundo, la muerte y la

sepultura son irrevocables. Dicen por ahí que los espíritus caminan por la tierra, y todos hemos leído en los periódicos “La Verdad acerca de los Fantasma,” pero yo tengo mis dudas al respecto. En los asuntos espirituales, sin embargo, me temo que algunos no están muy sepultados con Cristo sino que caminan en medio de las tumbas. Me entristece profundamente que así sea. El hombre en Cristo no puede caminar como un fantasma, porque está vivo en otro lugar; ha recibido un nuevo ser, y por tanto no puede andar murmurando ni espiando en medio de los hipócritas que están muertos a su alrededor. Vean lo que nuestro capítulo dice acerca de nuestro Señor: “Sabido que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Si hemos sido levantados una vez de las obras muertas nunca regresaremos a ellas otra vez. Puedo pecar, pero el pecado no puede nunca tener dominio sobre mí; puedo ser un trasgresor y alejarme mucho de mi Dios, pero nunca voy a regresar otra vez a la vieja muerte. Cuando la gracia de mi Señor me tomó y me sepultó, Él obró en mi alma la convicción que a partir de ese momento y para siempre yo estaba muerto al mundo.

Estoy muy contento que no hice ningún compromiso sino que salí completamente. He desenvainado la espada y me despojé de la funda. Díganle al mundo que no intente recobrarnos, pues ya no le somos útiles y es como si estuviéramos muertos. Todo lo que podría recuperar sería nuestros esqueletos. Díganle al mundo que no pretenda tentarnos más, pues nuestros corazones han sido cambiados. El pecado puede hechizar al viejo hombre que cuelga allí sobre la cruz, y puede mirar de reojo en esa dirección pero no puede dar seguimiento a su mirada, pues no puede bajarse de la cruz: el Señor ha tenido cuidado de usar muy bien su martillo y ha clavado sus manos y sus pies de manera muy firme, de tal forma que la carne crucificada debe permanecer en el lugar de la perdición y de la muerte. Sin embargo, la vida verdadera y genuina en nosotros no puede morir, pues es nacida de Dios; tampoco puede habitar en las tumbas, pues su llamado es a la pureza y al gozo y a la libertad; y a ese llamado se entrega.

3. Hemos avanzado hasta la muerte y a la sepultura; pero el bautismo, de acuerdo al texto, representa también la resurrección: “A fin de que como

Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.” Ahora, observen que el hombre que está muerto en Cristo, y sepultado en Cristo, también es resucitado en Cristo, y esta es una obra especial en él. No todos los muertos son resucitados, pero nuestro Señor mismo “primicias de los que durmieron es hecho.” Él es el Primogénito que ha resucitado. La resurrección fue una obra especial en el cuerpo de Cristo por medio de la cual fue levantado, y esa obra, comenzada sobre la Cabeza, continuará hasta que todos los miembros participen de ella, pues:

Aunque nuestros propios pecados requieren  
Que nuestra carne bese el polvo;  
Sin embargo como el Señor nuestro Salvador resucitó  
Así todos sus seguidores lo seguirán.

En cuanto a nuestra alma y a nuestro espíritu, la resurrección ha dado comienzo en nosotros. No ha venido a nuestros cuerpos todavía, pero será dada en el día designado. Por el momento una obra especial ha sido realizada en nosotros por la cual hemos sido levantados de entre los muertos. ¡Hermanos, si hubieran muerto y hubieran sido sepultados y estuvieran descansando una noche, digamos, en el cementerio de Woking, y si una voz divina los hubiera llamado para salir de la tumba, cuando las estrellas silenciosas estuviesen brillando en el firmamento; si, digo, ustedes se hubieran levantado del verde montículo de tierra, cuán solitarios estarían en el vasto cementerio en medio de la tranquila noche! ¡Cómo te sentarías junto a la tumba y esperarías a que amaneciera! Eso se parece a tu condición en relación al mundo actual lleno de mal. Tú eras en un tiempo igual al resto de los pecadores que te rodean, muerto en el pecado, y durmiendo en la tumba de malas costumbres. El Señor por su poder te ha llamado a salir de tu tumba, y ahora estás vivo en medio de la muerte. No puede haber compañerismo aquí para ti; ¿pues qué comunión tienen los vivos con los muertos? El hombre allí en el cementerio que ha recibido nueva vida no encontraría a nadie entre todos los muertos a su alrededor con quien poder conversar, y ustedes no pueden encontrar a ningún compañero en este mundo. Allí está una calavera, pero no puede ver por las cuencas de sus ojos; tampoco puede hablar su boca siniestra. Veo una masa de huesos amontonados en aquella esquina: el que está vivo les dirige la

mirada, pero ellos no pueden ni oír ni hablar. Imagínate que estás allí. Todo lo que podrías hacer sería preguntarles a los huesos: “¿Vivirán estos huesos?” Serías un extraño en esa casa de corrupción y te apresurarías para huir de allí. Esa es tu condición en el mundo: Dios te ha levantado de entre los muertos, te ha sacado de la compañía con quienes antes conversabas.

Ahora, te ruego, no vayas a escarbar la tierra, para abrir las tumbas y encontrar a un amigo allí. ¿Quién abriría un ataúd y exclamaría: “¡Ven, tienes que beber conmigo! Tienes que ir al teatro conmigo”? No, nos aterra la idea de asociarnos con la muerte, y tiemblo cuando veo a un hombre que profesa la fe tratando de tener comunión con los hombres del mundo. “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo.” Tú sabes lo que pasaría si fueras levantado así, y fueras obligado a sentarte muy cerca de un cadáver recientemente sacado de la tumba. Gritarías: “No puedo soportarlo, no puedo aguantarlo”; te pondrías del lado del viento ante ese horrible cadáver. Así sucede con el hombre que vive realmente para Dios: no puede tolerar actos de injusticia, opresión, o de falta de castidad; pues la vida aborrece la corrupción.

Observen que, conforme somos levantados de entre los muertos por una obra especial, ese acto de levantar es obra de un poder divino. Cristo es traído de nuevo: “resucitó de los muertos por la gloria del Padre.” ¿Qué significa eso? ¿Por qué no dice: “por el poder del Padre”? Ah, mis queridos hermanos, gloria es una palabra más grandiosa; pues todos los atributos de Dios son desplegados en toda su solemne pompa en la resurrección de Cristo de los muertos. Estaba allí la fidelidad del Señor; pues ¿no había declarado que su alma no descansaría en el infierno, y que Su Santo no vería corrupción? ¿Acaso no se vio allí el amor del Padre? Estoy seguro que fue un deleite para el corazón de Dios, devolver la vida al cuerpo de Su querido Hijo. Y así, cuando tú y yo seamos levantados de nuestra muerte en pecado, no es simplemente el poder de Dios, no es meramente la sabiduría de Dios los atributos que pueden verse, es la “gloria del Padre.”

Oh, pensar que cada hijo de Dios que ha recibido nueva vida, la ha recibido por la “gloria del Padre.” No sólo se ha requerido del Espíritu Santo y de la obra de Jesús y del trabajo del Padre, sino de la mismísima “gloria del Padre.” ¡Si la más pequeña chispa de vida espiritual debe ser

creada por la “gloria del Padre,” cuál no será la gloria de esa vida cuando la perfección sea plena, y seamos semejantes a Cristo, y podamos verlo como es! Ah mis queridos hermanos, valoren altamente la nueva vida que Dios les ha dado. Piensen que son más ricos que si tuvieran un mar de perlas, más grandes que si fueran descendientes de los príncipes de más noble alcurnia. Hay en ti eso que requirió de todos los atributos de Dios para ser creado. Él pudo crear un mundo con Su poder, pero tú tienes que ser levantado de entre los muertos por “la gloria del Padre.”

Observen a continuación, que esta vida es enteramente nueva. Se dice de nosotros: “así también nosotros andemos en vida nueva.” La vida de un cristiano es enteramente diferente de la vida de otros hombres, enteramente diferente de su propia vida antes de su conversión, y cuando la gente trata de falsificarla, no puede cumplir su tarea.

Una persona te escribe una carta tratando de convencerte que es un creyente, pero al cabo de media docena de frases salta una línea que delata su impostura. El hipócrita ha copiado muy de cerca nuestras expresiones, pero no lo suficiente. Hay una masonería entre nosotros, y el mundo exterior nos observa un poco, y pronto adoptan ciertos de nuestros rasgos; pero hay un signo privado que no pueden imitar nunca, y por lo tanto en un determinado momento se quiebran. Un ateo puede orar tanto como un cristiano, puede leer tanto la Biblia como un cristiano, e inclusive puede superarnos en los aspectos externos; pero hay un secreto que él no conoce y no puede falsificar. La vida divina es tan completamente nueva que el inconverso no tiene un modelo que copiar. En cada cristiano esa vida es tan nueva que es como si fuera el primer cristiano. Aunque en cada uno de ellos es la imagen y la calca de Cristo, hay un borde trabajado de manera especial o algo relacionado con la plata verdadera, que estas falsificaciones no pueden copiar. Es una cosa nueva, novedosa, fresca y divina.

Y finalmente, esta vida es una cosa activa. A menudo he deseado que Pablo no fuese tan rápido cuando lo estoy leyendo. Su estilo viaja usando botas de siete leguas. No escribe como un hombre ordinario. Quisiera decirle que si hubiera escrito este texto de conformidad al orden propio, diría: “Así como Cristo fue levantado de entre los muertos por la gloria del Padre, así nosotros seremos levantados de entre los muertos.” Pero vean,



Pablo ha cubierto tanto territorio mientras estamos hablando. Él ya llegó a: “caminar.” El caminar incluye el vivir, del cual es el signo, y Pablo piensa tan rápido cuando el Espíritu de Dios está en él que ha pasado más allá de la causa al efecto. Apenas hemos recibido la nueva vida cuando ya estamos activos: no nos sentamos y decimos: “He recibido una nueva vida: cuán agradecido debo estar. Voy a gozarme en medio de la quietud.” Oh querido amigo, no. Tenemos que hacer algo de inmediato ya que estamos vivos y empezamos a caminar, y así el Señor nos mantiene a Su servicio; no nos permite que nos sentemos contentos porque vivimos, ni nos permite que nos pasemos toda la vida examinando si estamos vivos o no; pero nos da una batalla que debemos pelear, y luego otra; nos da su casa para que la construyamos, su hacienda para que la cultivemos, sus hijos para que los cuidemos, sus ovejas para que las alimentemos.

Hay momentos en los que experimentamos feroces luchas con nuestro propio espíritu, y también experimentamos temores de que Satanás y el pecado puedan prevalecer, hasta llegar al punto de que nuestra vida es escasamente discernida por ella misma, pero siempre es discernida por sus actos. La vida que se les da a aquellos que estaban muertos con Cristo es una vida llena de energía y de fuerza, que está para siempre ocupada para Cristo, y si pudiera movería cielo y tierra para someter a todas las cosas a Él quien es la Cabeza.

Pablo nos dice que esta vida no tiene fin. Una vez que la recibes nunca te abandonará. “sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere.”

Seguidamente, es una vida que no está bajo la ley o bajo el pecado. Cristo vino bajo la ley cuando estuvo aquí, y cargó con nuestros pecados, y por tanto murió; pero después que se levantó ya no tenía esa carga de pecados. En Su resurrección tanto el pecador como la Garantía son libres. ¿Qué tenía que hacer Cristo después de Su resurrección? ¿Cargar con más pecados? No, solamente vivir para Dios. Allí es donde estamos tú y yo. No tenemos pecados que llevar ahora; todos los llevó Cristo. ¿Qué debemos hacer? Cada vez que tenemos un dolor de cabeza, o nos sentimos enfermos, ¿acaso debemos exclamar: “este es un castigo por mi pecado”? Nada de

eso. Nuestro castigo ya se ha cumplido, hemos sufrido la pena capital y estamos muertos: nuestra nueva vida deber ser para Dios.

Todo lo que me queda por hacer  
Es amar y cantar,  
Y esperar hasta que vengan los ángeles  
Para llevarme donde está el Rey.

Ahora debo servirle y deleitarme en Él, y usar el poder que me da para llamar a otros de entre los muertos, diciendo: “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.” No iré de regreso a la tumba de la muerte espiritual ni me vestiré con el sudario del pecado; pero por la gracia divina voy a creer en Jesús, y voy a ir de fuerza en fuerza, no bajo la ley, ni temiendo el infierno, ni esperando acumular méritos para el cielo, sino como una nueva criatura, amando porque soy amado, viviendo para Cristo porque Cristo vive en mí, gozándome en la gloriosa esperanza de lo que está por ser revelado en virtud de mi unidad con Cristo.

Pobre pecador, tú no sabes nada acerca de esta muerte y esta sepultura, y nunca lo sabrás hasta que no tengas el poder de convertirte en hijo de Dios, y que Él da a todos los que creen en Su nombre. Cree en Su nombre y es todo tuyo. Amén y Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'C. H. Anderson', with a stylized, cursive script.